

Históricas Digital

Iván Escamilla González

“Raíces y cauces de la historia cultural del mundo novohispano”

p. 277-310

Enfoques y perspectivas para la historia de Nueva España

María del Pilar Martínez López-Cano (coordinación)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2021

358 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía 15)

ISBN 978-607-30-4901-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de marzo de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/757/enfoques_perspectivas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2021. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



RAÍCES Y CAUCES DE LA HISTORIA CULTURAL DEL MUNDO NOVOHISPANO

IVÁN ESCAMILLA GONZÁLEZ

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Nueva historia para viejas historias

Tiene sentido que una de las mayores transformaciones de la *episteme* histórica occidental moderna, la surgida de la escuela llamada de los *Annales* por su revista insignia fundada en 1929, haya comenzado en medio de las grandes alteraciones políticas, económicas, sociales y culturales de la primera parte del siglo XX, precipitadas por la Gran Guerra, la pandemia de 1918, la Revolución Rusa, la Gran Depresión, el inicio de la lucha anticolonialista y el ascenso fatal del fascismo. Podría parecer paradójico que Marc Bloch y Lucien Febvre, las cabezas iniciadoras de esa renovación historiográfica, fueran el primero un medievalista, y el segundo, un estudioso del Renacimiento. Para ambos no había contradicción en su visión, era el presente —sus preocupaciones y demandas— lo que conducía al historiador en su interrogatorio del pasado y en el establecimiento de analogías que iluminan la distancia entre el pasado y la circunstancia actual.¹ Podría casi pensarse que la revolución teórica y metodológica de los *Annales* y sus ramificaciones sucesivas —su aporte primario— fue posible precisamente porque en un principio y con este impulso epistémico se dirigió a investigar las corrientes históricas más profundas y duraderas debajo de la corteza de los acontecimientos relatados por las crónicas monásticas y principescas.

¹ Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 20-57; André Burguière, *La Escuela de Annales. Una historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2009, p. 37-46.

Esta recurrencia a los tiempos medievales y a la modernidad temprana como laboratorio de experimentación marcó en las décadas siguientes a la que comenzó a conocerse Nueva Historia, en la estela dejada por *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949) de Fernand Braudel y su decisiva contribución para naturalizar como logro mayor de la escuela de los *Annales* su extraordinaria aportación metodológica al análisis del entrelazamiento diacrónico de lo geográfico, lo económico y lo social. En las décadas siguientes, la influencia de la lectura antropológica de la cultura conduciría a la valoración de las prácticas como expresión no sólo de estructuras sociales, sino también de formas de pensamiento, lo que a su vez permitiría estudiar sus representaciones de todo tipo como expresión de las mentalidades; de allí también la generalización del término “historia cultural” para caracterizar esta clase de investigaciones. La mentalidad, referencia básica para abordar historias nunca consideradas desde las escalas temporales y espaciales propias de la cotidianidad, dio así carta de naturaleza a lo que hoy en día conforma el vasto campo de la historia cultural. En el presente, ésta se ha expandido para incluir el estudio específico a través de las prácticas y representaciones de fenómenos tan diversos como la muerte, los sentimientos, el consumo, las mediaciones culturales, las catástrofes, el medio ambiente, la globalización, por mencionar sólo unas cuantas.²

Pero así como muchos de los logros de la Nueva Historia tuvieron en común su interés en la historia del inicio y auge de la primera modernidad desde el final del siglo xv hasta el colapso del antiguo régimen, también es necesario señalar que en buena medida la revolución historiográfica que ha derivado hoy en la gran eclosión de la historia cultural surgió para el estudio de procesos históricos centrados en el occidente europeo. Salvo rara excepción, sus principales figuras y núcleos de producción no miraron nunca a América salvo para caracterizarla, al igual que en las viejas imágenes emblemáticas, como expresión de lo periférico, marginal y

² Un panorama general de este proceso es *Formas de hacer historia*, 2a. ed., Peter Burke (ed.), José Luis Gil y Francisco Martín (trads.), Madrid, Alianza, 2003.

exótico; o, en el mejor de los casos, como la fuente de novedades naturales en la alimentación, la farmacéutica o los procesos de coloración textil que condicionaron de diversos modos el consumo y los mercados del capitalismo temprano.³ La experiencia de tres siglos de creación y asentamiento de sociedades coloniales en el continente americano, según modelos y con el propósito de contribuir al enriquecimiento y al poderío de sus matrices europeas, no fue durante largo tiempo ni un referente, ni un problema a tratar por la Nueva Historia. Aunque lo anterior puede parecer una obviedad, en realidad coloca bajo el reflector una problemática mayor: la del sitio que las Indias del Nuevo Mundo —con toda su vastedad natural y humana, y con todas sus diferencias respecto de Europa— tuvieron dentro o más allá de los procesos históricos de esa modernidad. Así como la de la pertinencia o no de estudiar su realidad bajo los mismos métodos y categorías ideados a partir de los problemas, las fuentes, los actores, los escenarios físicos, las formas de producir, etcétera, del Viejo Mundo.

¿Qué implicación tiene esto en la historia hecha desde esos supuestos márgenes, particularmente en el caso mexicano, a partir de la llegada de los primeros destellos de la revolución historiográfica a nuestro ámbito hasta la eclosión actual de la historia cultural?, ¿qué papel han tenido en este proceso los estudios sobre el periodo colonial? En México, el impacto inicial de la historia cultural tuvo un retraso ante la prevalencia de otras corrientes, como las inspiradas por el historicismo o el materialismo histórico; pero también, como se dirá adelante, por la fuerza de una tradición historiográfica institucional de décadas que continuó vigente hasta prácticamente el final del siglo xx. No obstante, al mismo tiempo nuevas generaciones desarrollaban una serie de líneas pioneras, como los estudios sobre la historia de la familia y de la vida cotidiana —respecto a las prácticas y discursos de la religiosidad, la cultura política, las prácticas letradas y artísticas— que han posibilitado actualmente una renovación general de nuestra visión del mundo novohispano.

³ Por ejemplo, Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, xve-xviiiè siècle*, 3 v., París, Armand Colin, 1979.

A continuación, se buscará mostrar un panorama universal de esta visión, cada vez más rica y matizada gracias al aprovechamiento de nuevas fuentes y la consideración de nuevos actores y discursos.

De la tradición a la innovación

Para comprender mejor el impacto que la historia cultural ha tenido en los estudios sobre el mundo novohispano es preciso entender las condiciones en que la práctica historiográfica se desarrolló en México desde mediados del siglo XX. En esa época, el cultivo literario de la historia por escritores, políticos y aficionados todavía convivía con la antigua tradición de la historia erudita decimonónica. Lo anterior justo al mismo tiempo que la disciplina daba los pasos definitivos hacia su profesionalización con la creación de cátedras y carreras especializadas en el estudio del pasado mexicano, al abrigo de instituciones como la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde desde 1927 se podía estudiar una licenciatura en Historia, o la Casa de España en México, luego convertida en El Colegio de México, en particular su Centro de Estudios Históricos, creado en 1941. En paralelo surgían los primeros espacios públicos específicamente consagrados a la investigación profesional de la historia, como el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939 y el Instituto de Historia, hoy Instituto de Investigaciones Históricas, fundado en 1945 en el seno de la misma Universidad Nacional Autónoma de México.

El carácter de la generación fundadora del Instituto de Historia, en cuya producción los estudios sobre la época colonial tienen un lugar protagónico, ejemplifica puntualmente esta situación. Rafael García Granados (1893-1956), Federico Gómez de Orozco (1891-1962), Alberto María Carreño (1875-1962)⁴ y otros estudiosos, llegados a la

⁴ Para la realización de este trabajo, particularmente en lo tocante a las referencias cronológicas, biográficas y bibliográficas, han sido auxiliares indispensables, entre otras obras de referencia general, *Historiadores de México en el siglo XX*, Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monfort (comps.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, 1995; Amaya Garriz Ruiz, *Los trabajos y los años*.

historia desde campos profesionales como el derecho, nacieron a finales del siglo XIX. Su formación y primeros pasos en la búsqueda del conocimiento histórico tuvieron lugar justo cuando se extinguía una destacada generación de historiadores y bibliófilos mexicanos a la que habían pertenecido figuras como Nicolás León (1859-1929), Luis García Pimentel (1855-1930) y Genaro García (1867-1920); heredera a su vez de la brillante tradición erudita cimentada por José Fernando Ramírez (1804-1871), Manuel Orozco y Berra (1816-1881) y Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) y proseguida por Alfredo Chavero (1841-1906), Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916) y Vicente de P. Andrade (1844-1915), entre otros.

Pese a que con ellos la historia daba un gran paso al convertirse en un campo profesional autónomo, esto no significó necesariamente una apertura a la innovación en un campo y en instituciones (como la Universidad Nacional de México, fundada en 1910 al final del régimen porfirista), en los que el positivismo y el evolucionismo social aún conservaban gran prestigio. Los estudios sobre el México colonial realizados por la generación de los primeros maestros de las nuevas instituciones y sus discípulos inmediatos entre 1940 y 1970 se hicieron notar por un claro conservadurismo ideológico, para el cual la historia de la cultura en la Nueva España era la del desarrollo de la civilización de raíz cristiana traída por los conquistadores y misioneros en el siglo XVI. Por el mismo motivo, sus estudios se enfocaron con frecuencia en instituciones y en grandes figuras intelectuales (españoles y criollos), frecuentemente eclesiásticas —de hecho, no pocos entre estos historiadores eran a su vez hombres de Iglesia.

Se trataba, por otra parte, de investigadores cuya producción, sin ser prolija, prosiguió diligente y destacadamente la tradición erudita y de recuperación de fuentes de sus antecesores del siglo XIX. Así, Alberto María Carreño editó documentos de fray Juan de Zumárraga, el censual del siglo XVI de la Catedral de México y compiló las efemérides de la Real Universidad de México según

Vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas, 1945-2005, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

sus libros de claustros.⁵ Manuel Romero de Terreros (1880-1968) se destacaba por exhumar en impresionante y rápida sucesión documentos sobre la vida social, cultural y artística novohispana.⁶ Los hermanos Gabriel (1905-1949) y Alfonso (1909-1955) Méndez Plancarte buscaban el fondo espiritual de la cultura novohispana culminando la edición crítica de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz y, recuperando, traduciendo y antologando la obra de poetas y representantes de la tradición humanista de los siglos coloniales.⁷ Por una senda similar, el bibliógrafo y paleógrafo exiliado español Agustín Millares Carlo (1893-1980) traducía a fray Bartolomé de las Casas y a Juan José de Eguiara y Eguren, a la vez que reeditaba el *opus magnum* bibliográfico de García Icazbalceta, entre muchas otras obras de erudición impresionante.⁸

Las influencias externas eran escasamente perceptibles en todos estos trabajos, a excepción de autores que caracterizaban de nuevo a la cultura novohispana con una perspectiva idealista centrada de nuevo en las figuras señeras o representativas como los norteamericanos Irving A. Leonard (1896-1996), biógrafo del polígrafo

⁵ *Don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México. Documentos inéditos*, Alberto María Carreño (intr. y notas), México, José Porrúa, 1941; *Un desconocido ceculario del siglo XVI perteneciente a la Catedral Metropolitana*, A. M. Carreño (pról. y notas), José Castillo y Piña (intr.), México, Ediciones Victoria, 1944; *Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México, según sus libros de claustros*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Coordinación de Humanidades, 1963.

⁶ Manuel Romero de Terreros, *Apostillas históricas*, México, Editorial Hispano Mexicana, 1945; Cristóbal Gutiérrez de Medina, *Viaje del virrey marqués de Villena*, M. Romero de Terreros (intr. y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1947; M. Romero de Terreros, *Grabados y grabadores en la Nueva España*, México, Ediciones Arte Mexicano, 1948.

⁷ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, 4 v., Alfonso Méndez Plancarte (ed., pról. y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 1951-1957; *Poetas novohispanos*, 3 v., A. Méndez Plancarte (est., sel. y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1942-1945; *Humanistas del siglo XVIII*, Gabriel Méndez Plancarte (intr. y sel.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941; *Humanismo mexicano del siglo XVI*, G. Méndez Plancarte (intr., sel. y versiones), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.

⁸ Fray Bartolomé de las Casas, *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, Lewis Hanke (est.), Agustín Millares Carlo (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1942; Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, A. Millares Carlo (est. prel. y trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1944; Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, A. Millares Carlo (edición), México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

Carlos de Sigüenza y Góngora,⁹ o el jesuita Ernest J. Burrus (1907-1991), estudioso del misionero Eusebio Kino y editor de los historiadores Andrés Cavo y Francisco Javier Alegre.¹⁰ Incluso Ernesto de la Torre Villar (1917-2009), quien había tenido oportunidad de formarse en París entre 1948 y 1951 en La Sorbona y en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, epicentro de la naciente Nueva Historia, y en cuya vasta producción no están ausentes los temas sociales y económicos, se decantó mayoritariamente por la historia del humanismo novohispano con el enfoque tradicional del que se ha hablado.¹¹ Si bien, como director de la Biblioteca Nacional de México entre 1965 y 1978 demostró haber sido influido por la promisoría corriente de estudios de historia del libro que comenzaba a florecer en la historiografía francesa.¹²

Un panorama similar se percibe en los artículos sobre la época colonial aparecidos en publicaciones periódicas especializadas surgidas en ese mismo periodo, como *Historia Mexicana* (1951), del Colegio de México y sobre todo *Estudios de Historia Novohispana* (1966). Esta última se fundó a raíz de la reorganización del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México por su entonces director, Miguel León-Portilla (1926-2019), que incluyó la formalización del área de estudios coloniales. Su carácter de revista “generalista”, es decir, abierta a todas las temáticas y tendencias de interpretación de la historia colonial mexicana hizo

⁹ Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. A Mexican Savant of the Seventeenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1929.

¹⁰ Ernest J. Burrus, *Kino Reports to Headquarters: Correspondence of Eusebio F. Kino, S.J., from New Spain with Rome*, Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1954; Andrés Cavo, *Historia de México*, E. J. Burrus (ed.), México, Patria, 1944; Francisco Javier Alegre, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, 4 v., E. J. Burrus y Félix Zubillaga (eds.), Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1956-1960.

¹¹ Ejemplos de ello son sus *Testimonios históricos guadalupanos*, Ernesto de la Torre y Ramiro Navarro (comp., pról., notas e índices), México, Fondo de Cultura Económica, 1982; así como la edición de Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca Mexicana*, Ernesto de la Torre (est. prel., notas, apéndices e índices), 5 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1986-1990.

¹² Véase Guadalupe Curiel Defossé, “Ernesto de la Torre Villar en la Biblioteca Nacional de México”, en *Un hombre de libros: homenaje a Ernesto de la Torre Villar*, Alicia Mayer (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, p. 79-96.

que por otra parte las inclinaciones de sus editores pesaran en el carácter de los trabajos publicados en ella, y los de tema cultural no fueron la excepción. Fue el caso de su primera editora, Josefina Muriel (1918-2008), quien había abierto brecha al demostrar desde sus primeros trabajos la relevancia del hasta entonces negado universo cultural de las mujeres novohispanas, pero que en otros estudios suyos, como el que dedicó a los hospitales coloniales, practicó una historia institucional de carácter decididamente tradicional.¹³ Ya como editora de *Estudios de Historia Novohispana*, al buscar colaboraciones para los primeros números de la publicación, Muriel invitó a sus contactos académicos en España para aportar artículos que contribuyesen a demostrar la que consideraba indudable deuda cultural y espiritual de México con su antigua metrópoli.¹⁴

Salvo excursos muy específicos, la atención de estos historiadores gravitaba habitualmente hacia los siglos XVI y XVII, vistos claramente como la etapa fundamental y formativa de la cultura nacional, sobre la base biológica del mestizaje entre los componentes español e indígena de la sociedad colonial. Los estudios referentes a la historia del arte novohispano producidos por la misma época desde el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (1935) seguían una tendencia similar; incluso hicieron una aportación que terminaría por tener gran fortuna historiográfica, al emplear el calificativo estilístico de “barroco” para distinguir la producción plástica del virreinato. Aunque el término ya fue usado ampliamente por investigadores como Manuel Toussaint (1890-1955),¹⁵ fundador de ese instituto, fue Francisco de la Maza (1913-1972) el principal proponente de la tesis que identificaba

¹³ Josefina Muriel de la Torre, *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, Santiago, 1946; *Las indias caciques de Corpus Christi*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1963; *Hospitales de la Nueva España*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1956-1960.

¹⁴ Véase Felipe Castro Gutiérrez, “Portada barroca hacia el pasado novohispano”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. 50, n. 4, 2001, p. 791-824; Iván Escamilla y Gerardo Lara Cisneros, “El nacimiento de la revista *Estudios de Historia Novohispana* (1963-1967)”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 55, julio-diciembre de 2016, p. 33-45.

¹⁵ Manuel Toussaint, *Arte colonial en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1948.

el siglo XVII con el auge de la producción plástica colonial y al “arte barroco mexicano” como la aportación más original del país a la cultura universal.¹⁶ A partir de entonces se generalizó entre historiadores e historiadores del arte el uso, hasta hoy persistente, del término “barroco” para caracterizar la civilización novohispana, por más que en la adopción del mismo hubiera pesado, más que cualquier criterio sociocultural, la consideración del arte colonial como una expresión del espíritu religioso de la Contrarreforma. Lo anterior retomando la interpretación que en ese sentido hicieron del arte barroco europeo autores de la primera mitad del siglo XX como Émile Mâle o Werner Weisbach.¹⁷

No obstante, existían notables excepciones a esta tendencia dominante. En El Colegio de México, José Gaos (1900-1969), filósofo español trasterado dedicado también a la historia de las ideas, formó un grupo de estudiantes con los que llegó a concebir el original proyecto de realizar un estudio de conjunto de la cultura mexicana del siglo XVIII, entendido como cuna de nuestra modernidad no sólo filosófica, sino también política y social.¹⁸ Gaos quería retomar para la Nueva España la sugerente visión de Bernhard Groethuysen (que él mismo tradujo al español) sobre el nacimiento del espíritu burgués en Francia a partir de la ética jesuítica, desarrollada en respuesta a la investigación de Max Weber sobre los valores del protestantismo como elemento generador del espíritu capitalista, y en la que utilizaba fuentes tan poco conocidas o estudiadas hasta

¹⁶ Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1984, p. 10. Véase Jaime Cuadriello, “El afán intelectual de Francisco de la Maza: temas, imágenes y textos”, en *El arte en México: autores, temas y problemas*, Rita Eder (coord.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 217-251.

¹⁷ Agradezco a la doctora Paula Mues Orts por compartirme sus consideraciones sobre la influencia de Mâle y Weisbach en la historiografía sobre arte novohispano.

¹⁸ Véase Aurelia Valero Pie, *José Gaos en México: una biografía intelectual, 1938-1969*, edición electrónica, México, El Colegio de México, 2015; Andrés Lira, “El siglo del esplendor en México (notas sobre un libro inconcluso de José Gaos)”, *Otros Diálogos de El Colegio de México*, El Colegio de México, n. 8, julio-septiembre de 2019, <https://otrosdialogos.colmex.mx/el-siglo-de-esplendor-en-mexico-notas-sobre-un-libro-inconcluso-de-jose-gaos> (consulta: 17 de mayo de 2021). Agradezco a la doctora Aurelia Valero por haberme compartido sus conocimientos y apreciaciones acerca de este proyecto inconcluso de Gaos.

entonces como los sermones y otros textos de espiritualidad.¹⁹ Aunque Gaos abandonaría eventualmente el proyecto, desalentado por el escaso conocimiento que entonces aún existía sobre el siglo XVIII novohispano, su seminario fue el origen de importantes trabajos como el estudio precursor de Monelisa Pérez Marchand (1918-2006) sobre el cambio intelectual en Nueva España durante esa centuria visto a través del archivo de la Inquisición,²⁰ o las ediciones de obras clásicas de Carlos de Sigüenza y Góngora y Juan Benito Díaz de Gamarra por Bernabé Navarro (1923-1995).²¹

Cabe preguntarse qué hubiera ocurrido si el plan de Gaos se hubiese llevado a cabo, adelantando tal vez algunos años la eclosión en México de lo que hoy llamamos historia cultural. No obstante, el catedrático español dejaría a la larga una huella profunda en la historiografía al encaminar hacia la filosofía de la historia a uno de sus más aventajados discípulos, Edmundo O’Gorman (1906-1995), quien sostendría que la tarea principal del historiador es la búsqueda de las manifestaciones pretéritas de la conciencia del ser histórico, según su registro en los testimonios y documentos del pasado. Esto lo llevó a construir, desde su propio trabajo de investigación a partir de la década de 1940, la propuesta de que en el caso de la Nueva España la manifestación de esa conciencia fue el “criollismo”, como “americanización” de lo hispánico, así como la búsqueda y reivindicación ante occidente de la individualidad histórica del Nuevo Mundo y sus habitantes. La gran influencia ejercida por O’Gorman sobre la historiografía mexicana a través de su magisterio y de su obra publicada contribuiría a crear una interpretación casi hegemónica y aún persistente de la cultura colonial, con el criollismo como clave mayor de lectura, y el barroco como su lenguaje formal, tanto literario

¹⁹ Bernhard Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*, José Gaos (trad. y pról.), México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

²⁰ Monelisa Lina Pérez Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, México, El Colegio de México, 1945.

²¹ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Libra astronómica y filosófica*, Bernabé Navarro (ed.), José Gaos (prólogo), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1959; Juan Benito Díaz de Gamarra, *Elementos de filosofía moderna*, B. Navarro (trad. y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1963.

como artístico.²² Los trabajos de múltiples autores sobre historia, letras y arte del México y la América coloniales le son deudores, en este sentido, a Juan Antonio Ortega y Medina (1913-1992), Roberto Moreno de los Arcos (1943-1996), David Brading, Octavio Paz (1914-1998) o Jorge Alberto Manrique (1936-2016), por sólo mencionar algunos de los más importantes y prolíficos.²³

Rupturas y expansión

Las décadas de 1970 y 1980 pueden describirse como del inicio de una fractura en la historiografía mexicana por la irrupción de propuestas fuertemente influidas por corrientes teóricas como el materialismo histórico y por la llamada “tercera generación” de la Escuela de los *Annales*. Quizás en consonancia con la crisis en la que entraron a finales de la de 1960 los fundamentos económicos y sociales del orden político autoritario que regía al país. Con ello se hicieron habituales, poco a poco en el estudio del pasado colonial mexicano, métodos

²² Entre su bibliografía más importante, en este sentido, se destacan Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1947; *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958; *Meditaciones sobre el criollismo. Discurso de ingreso en la Academia Mexicana correspondiente de la española y respuesta del académico de número y cronista de la ciudad Salvador Novo*, México, Centro de Estudios de Historia de México, 1970; *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986.

²³ Juan A. Ortega y Medina, *Destino manifesto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972; *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976; Roberto Moreno de los Arcos, *Un eclesiástico criollo frente al Estado Borbón*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, así como sus ediciones de autores de la Ilustración novohispana, como José Antonio Alzate y Ramírez, *Obras*, R. Moreno (ed., intr. y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1980; David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Soledad Loaeza Grave (trad.), México, Secretaría de Educación Pública, 1973; *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Juan José Utrilla (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1991; Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982; Jorge Alberto Manrique, “Del Barroco a la Ilustración”, en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1976, v. 1, p. 645-734; *La dispersión del manierismo*, J. A. Manrique (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1980.

como la historia serial o cuantitativa y se abordaron por primera vez como objetos de estudio las “mentalidades” o representaciones culturales, que retaron inicialmente el sentido que “cultura” e “historia cultural” habían tenido durante décadas. En el centro de ese nuevo enfoque se hallaba la exploración de la subjetividad humana como espacio del conocimiento histórico, así como la necesidad de desarrollar métodos tan distintos de reconstrucción e interpretación como específicos fuesen los elementos presentes en la mentalidad del individuo o el grupo y las múltiples fuentes (literarias, artísticas, orales, etcétera) empleadas para estudiarla.²⁴

Ciertamente, los discursos dominantes sobre la historia de lo cultural en el mundo novohispano, descritos en el apartado anterior, se mantuvieron vigentes por razones que tienen que ver con su afianzamiento en los planes de estudio de las carreras y posgrados en historia en las instituciones mexicanas de educación superior. Lo anterior también por la pervivencia y la continua y destacada producción científica, hasta prácticamente el inicio del siglo XXI, de estudiosos formados en la vieja y prestigiada tradición intelectual iniciada al mediar la centuria anterior, seguida a su vez por sus discípulos de generaciones más jóvenes.²⁵ En este sentido, fue relevante, sobre todo por el papel que tendrían a futuro, la creación de nuevos centros de enseñanza e investigación en ciencias sociales, como el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de Michoacán y el Instituto Mora, fundados respectivamente en 1973, 1979 y 1981. No obstante, y pese a la relativa inmovilidad de los ámbitos institucionales, en su seno surgieron espacios de reflexión y diálogo en los que prosperaron las nuevas líneas de investigación, como el Seminario de Historia

²⁴ Carlos Barros, “Historia de las mentalidades: posibilidades actuales”, *Secuencia*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, n. 27, 1993, p. 192-194.

²⁵ Como ejemplo de esta continuidad véanse los trabajos incluidos en *Francisco Xavier Clavigero en la Ilustración mexicana (1731-1787)*, Alfonso Martínez Rosales (coord.), Antonio Gómez Robledo (pról.), México, El Colegio de México, 1988; también *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000*, 2 v., Alicia Mayer González (coord. y presentación), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000-2002.

de las Mentalidades y Religión en el México colonial, establecido en el Departamento de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

El Seminario de Historia de las Mentalidades puede señalarse como el antecedente más importante del desarrollo actual de la historia cultural en México. Desde el seminario se difundió activamente el ejercicio metodológico de la historia de las mentalidades²⁶ y se organizaron desde 1980 encuentros académicos (recogidos en varios volúmenes colectivos)²⁷ que contribuyeron a llamar la atención hacia los nuevos enfoques culturalistas, aplicados en su caso a la historia de la familia, el matrimonio y la sexualidad en el marco del catolicismo colonial. Sus integrantes produjeron además obras que contribuyeron a cimentar sólidamente sus metodologías en los estudios novohispanos, como *La colonización de lo imaginario*, de Serge Gruzinski, o *Inquisición y sociedad en Nueva España, 1571-1700*, de Solange Alberro.²⁸

Los temas discutidos allí, además de propiciar la aparición de seminarios similares en otras instituciones —como el de Comunidades Domésticas, dirigido en la Universidad Nacional Autónoma de México por Sergio Ortega Noriega (1933-2015), antiguo miembro del Seminario de Mentalidades—²⁹ produjeron un renovado interés en fuentes poco exploradas, como los tratados de teología moral y

²⁶ Véase por ejemplo Sergio Ortega Noriega, “Introducción a la historia de las mentalidades. Aspectos metodológicos”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 8, 1985, p. 127-137.

²⁷ *Familia y sexualidad en Nueva España. Memoria del primer simposio de historia y mentalidades*, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1982; *De la santidad a la perversión. O de por qué no se cumplía la ley de Dios en la Nueva España*, S. Ortega Noriega (ed.), México, Grijalbo, 1986; *Del dicho al hecho... Transgresiones y pautas culturales en la Nueva España*, Antonio Guzmán Vázquez y Lourdes Martínez (eds.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Seminario de Historia de las Mentalidades, 1989.

²⁸ Solange Alberro, *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*, Solange Alberro (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1988; Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español, siglos XVI-XVIII*, Jorge Ferreiro Santana (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

²⁹ Teresa Lozano Armendares, “In memoriam Sergio Ortega (1933-2015)”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 54, 2016, p. 1-5.

escolástica de los siglos XVI y XVII, los sermones o los cánones de los tres primeros concilios provinciales mexicanos. Estos textos fueron leídos en busca de la enunciación por la Iglesia de los valores rectores del proceso de confesionalización de la moral y la cultura coloniales. A su vez el riquísimo ramo *Inquisición* del Archivo General de la Nación se consagró como la fuente principal para documentar el contraste entre el deber ser de la normativa y la realidad cotidiana de los novohispanos, así como para constatar las particularidades de este problema en una sociedad en la que la condición étnica tenía un peso tan grande como para resignificar los conceptos europeos de estado y jerarquía trasladados al Nuevo Mundo.

No debe olvidarse que, a la par que la historia de las mentalidades, otras líneas de estudio experimentaban un momento de expansión importante. Así la historia económica de carácter cuantitativo, ya para entonces bien enraizada en México, se enriquecía hacia finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 con perspectivas teóricas como los nuevos estudios institucionales para brindar otras visiones sobre las tendencias a largo plazo del desarrollo económico novohispano. Sin embargo, los estudios históricos de carácter cultural tomarían por la misma época un impulso que resultaría decisivo para su ascenso a una de las vetas mayores de la historiografía colonialista mexicana.

Fue el momento en el que, gracias al empuje de las mentalidades, se introdujeron los métodos de la Nueva Historia en ámbitos que se habían mantenido al margen de ella, como la historia política y la historia social, en los que aún predominaba la aplicación teórica del materialismo histórico. Un importante número de tesis de posgrado, rápidamente convertidas en libros, fueron responsables de este avance.³⁰ Por ejemplo, en *¿Relajados o reprimidos?*

³⁰ Resulta imposible abordar en este ensayo las tendencias temáticas y metodológicas en las tesis de licenciatura y posgrado en historia en instituciones mexicanas. Por fortuna es consultable en línea el catálogo de las que fueron defendidas hasta 2011, mantenido por el Comité Mexicano de Ciencias Históricas, en <http://dbtesis.institutomora.edu.mx/> (consulta: el 17 de mayo de 2021).

de 1987,³¹ Juan Pedro Viqueira trascendió la definición estrictamente política y económica del paradigma historiográfico de la reformas borbónicas, al leer el discurso modernizador de las élites coloniales de finales del siglo XVIII sobre el espacio público como síntoma de un cambio cultural; por su parte, Felipe Castro Gutiérrez lograría enfocar desde abajo problemas similares al tratar la cultura política insurreccional de las clases populares durante el mismo periodo.³²

Por otro lado, un tema que era poco o nada abordado en nuestra historiografía por la falta de referentes teóricos eficientes y por la dificultad de construcción de un archivo de fuentes documentales, como el de la percepción y tratamiento de la enfermedad mental en la época colonial, halló finalmente una vía de acceso a través de trabajos como los de María Cristina Sacristán.³³ Temas fundacionales de la vieja tradición historiográfica, como la antiguamente llamada “conquista espiritual”, sufrieron un vuelco total; fue el caso del trabajo de Sonia Corcuera sobre la embriaguez indígena y la evangelización.³⁴ Finalmente, en un trabajo que marcó el camino para muchos, el estudio de la gran epidemia de matlazáhuatl de 1736-1739 proporcionó a América Molina el corte histórico necesario para realizar un verdadero estudio global de la Nueva España de la primera mitad del siglo XVIII, desde una perspectiva múltiple que incluyó los aspectos médicos, demográficos, económicos, sociales y culturales del fenómeno.³⁵

³¹ Juan Pedro Viqueira Alban, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la Ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

³² Felipe Castro Gutiérrez, *Nueva ley y nuevo rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996.

³³ Cristina Sacristán, *Locura e Inquisición en Nueva España, 1571-1760*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de Michoacán, 1992; *Locura y disidencia en el México ilustrado, 1760-1810*, Zamora/México, El Colegio de Michoacán/Instituto de Investigaciones Dr. José Luis Mora, 1994.

³⁴ Sonia Corcuera de Mancera, *El fraile, el indio y el pulque. Evangelización y embriaguez en Nueva España, 1523-1548*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

³⁵ América Molina del Villar, *La Nueva España y el matlazáhuatl, 1736-1739*, México/Zamora, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/El Colegio de Michoacán, 2001.

En la misma vena, el gran acontecimiento que fue la publicación en Francia bajo la dirección de Georges Duby y Philippe Ariès de los cinco tomos de la *Historia de la vida privada* entre 1985 y 1987 suscitó, más que un eco, una propuesta original en los trabajos de Pilar Gonzalbo Aizpuru. Partiendo de un interés inicial en la historia de la educación y la familia como espacios de reproducción del orden colonial, Gonzalbo se dedicó a fundamentar la propuesta de una historia de la “vida cotidiana”, o de aquellas estructuras culturales que permiten a individuos y colectividades afrontar las necesidades ordinarias y los retos extraordinarios de construcción y conservación de los principios rectores de su universo social. A lo largo de la década de 1990, en el seminario bajo su coordinación se establecieron las bases de un abordaje sistemático de lo cotidiano estructurado a partir del estudio de los procesos de satisfacción de las necesidades materiales, de los ámbitos y formas de la interacción social, y de la oposición entre la norma social y su práctica.

El resultado más importante de este trabajo fue la publicación bajo la coordinación general de Gonzalbo entre 2004 y 2006 de los cinco tomos de la *Historia de la vida cotidiana en México*, de los cuales significativamente los tres primeros están dedicados parcial o totalmente al periodo colonial.³⁶ El terreno cubierto en ellos es tan amplio como el programa arriba descrito. Se analizan, por sólo dar algunos ejemplos, las condicionantes culturales de los procesos productivos en la ciudad, el campo, el real minero y el taller artesanal; la convivencia en espacios tan diversos como las calles y plazas, los recintos domésticos, los conventos, los colegios, la corte virreinal o los navíos de la Carrera de Indias; las reglas y transgresiones, así como los sentimientos y sensaciones presentes en las diversiones públicas, en el castigo a las trasgresiones criminales y religiosas, en la violencia doméstica, en las actitudes frente al

³⁶ *Historia de la vida cotidiana*, 5 t., Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.), México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2004-2006. Los tres primeros tomos están dedicados respectivamente a “Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España” (coordinado por Pablo Escalante), “La ciudad barroca” (coordinado por Antonio Rubial) y “Siglo XVIII: entre tradición y cambio” (coordinado por la propia Pilar Gonzalbo).

cuerpo, la enfermedad y la muerte, o en el consumo alimentario. Posterior a este proyecto, Gonzalbo ha enfocado su trabajo a la expresión histórica de los sentimientos, vistos como sistemas de comportamiento y expresión de continuidad y cambio cultural, y a la discusión metodológica sobre la relación entre historia cultural e historia de la vida cotidiana y sobre la problemática de sus fuentes, entre otros asuntos.³⁷

De la ruptura a la diversidad

Aunque los trabajos y temas inspirados directa o indirectamente por la “tercera generación” de los *Annales* comenzaron a multiplicarse en la historiografía mexicana de 1990 en adelante, ésta no tardaría en experimentar también, en el cambio del siglo, las consecuencias del replanteamiento de los objetivos y métodos de las ciencias sociales y las humanidades de cara al colapso geopolítico del socialismo real, la crisis de los valores de la modernidad cimentada en la Ilustración y el abandono de paradigmas teóricos universales como el del materialismo histórico. Este malestar no sólo aquejaba a los modelos de interpretación histórica surgidos en la era del racionalismo: era indudable también, hacia la década final del siglo xx, que algunos de los rasgos que habían conferido fuerza al paradigma de la historia de las mentalidades, se convertían a su vez en una debilidad, en una “incapacidad de introducir ejes causales” en la presentación de la complejidad de relaciones constituidas

³⁷ Por ejemplo, *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, Pilar Gonzalbo y Verónica Zárate Toscano (coords.), México, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2007; *Los miedos en la historia*, Elisa Speckman, Claudia Agostoni y P. Gonzalbo (coords.), México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2009; Pilar Gonzalbo, *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2006; Pilar Gonzalbo, “¿Qué hacemos con Pedro Ciprés? Aproximaciones a una metodología de la vida cotidiana”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. 88, n. 2, octubre-diciembre de 2018, p. 471-507; *La historia y lo cotidiano*, P. Gonzalbo (ed.), México, El Colegio de México, 2019. Véase también en el presente volumen, el capítulo de Estela Roselló “Afectos, pasiones y sentimientos: algunas preguntas para la historia de las emociones en la Nueva España y la Edad Moderna (siglos XVI-XVIII)”.

entre símbolos y representaciones en un determinado contexto histórico.³⁸ De ese modo, sin que las visiones de conjunto, las perspectivas de larga duración y otros rasgos metodológicos asociados a la Nueva Historia hayan perdido su importancia como meta última del proceso del conocimiento, es cierto también que los enfoques microhistóricos han alcanzado en lo que va del siglo XXI el mismo estatuto como medios de construcción de la narración histórica que en otro tiempo tuvieron los grandes frescos panorámicos de la historia total a la que aspiraban los primeros discípulos de Bloch y Febvre.³⁹

En este contexto, y desde el punto de vista teórico, una determinante mayor en el curso actual de la historia cultural tiene que ver con las consecuencias historiográficas en el cambio del siglo XX al XXI. Por una parte, de la influencia del llamado “giro lingüístico” en la comprensión de la construcción del relato histórico, y por otra, de la crítica posmoderna a la noción misma del conocimiento histórico, relativizado a partir de su análisis como producto de la construcción retórica.⁴⁰ La construcción de la objetividad a partir de la lectura crítica de los documentos, eje de las diferentes formas de construcción historiográfica desde el siglo XIX y hasta los mismos *Annales*, perdió centralidad ante la aceptación de la posibilidad de una lectura de los mismos como indicio ante todo de las representaciones a través de las cuales sus creadores entendían y vivían su mundo: construcciones simbólicas tan capaces de transformar el mundo como los procesos económicos o sociales que fueron el interés primario de la historia de las mentalidades. De esta manera

³⁸ Solange Alberro, “La historia de las mentalidades: trayectoria y perspectivas”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. 42, n. 2, 1992, p. 347.

³⁹ En este sentido, se han vuelto referentes indispensables propuestas microanalíticas y métodos inferenciales como los que impulsaba Carlo Ginzburg para el estudio de la cultura y la mentalidad populares ya desde su *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*, Francisco Martín y Francisco Cuartero (trad.), México, Océano, 1998. Véase también su *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*, Carlos Catroppi (trad.), Barcelona, Gedisa, 1994.

⁴⁰ Véase Martín Ríos Saloma, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural: notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 37, 2009, p. 97-137.

es posible pensar en historias tan diversas como los elementos que conforman el mundo (los objetos, el cuerpo, los sentidos, los libros, la memoria) y los sistemas de percepción e interpretación que contribuyen a conformar, o como la pluralidad de grupos e individuos que participan en el proceso en determinadas circunstancias espaciales y temporales.

Debe destacarse que estos cambios en la episteme histórica no son ya exclusivos de los centros de producción historiográfica del mundo “desarrollado”, sino que puede observarse un impacto casi inmediato de los mismos en las supuestas periferias intelectuales (como el caso de México). Lo que se debe en buena medida al proceso de globalización que, saltando y borrando las fronteras nacionales para propiciar y volver habituales los desplazamientos casi instantáneos de capitales, información, mercancías, cadenas productivas y personas, ha terminado por afectar de formas inéditas la producción del conocimiento. La historia nacional según el modelo occidental, escrita por comunidades de historiadores albergadas en las instituciones de educación superior prohijadas por el Estado nacional en los siglos XIX y XX, vio finalmente su hegemonía en peligro. En el caso mexicano, no sólo se trataba de la extinción natural de las generaciones que integraron durante la segunda mitad del siglo XX los centros de investigación histórica y construyeron sus carreras dentro de sus estables y relativamente cerrados ámbitos institucionales. El cambio comenzó mucho antes, cuando la movilidad interinstitucional e internacional creó circunstancias de colaboración e intercambio intelectual antes insospechadas. La movilidad de los investigadores no era algo nuevo en el ámbito de los estudios novohispanos, y en el caso de la nueva historia cultural y social, se señalan el paso o incluso el establecimiento permanente de estudiosos venidos a México a desarrollar sus trabajos (como los ya mencionados Alberro o Gruzinski, o el norteamericano William Taylor en las décadas de 1980 y 1990, por mencionar algunos).⁴¹ Las últimas décadas vieron multiplicarse las estancias de investigación

⁴¹ William B. Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987; *Magistrates of the Sacred. Priests and parishioners in Eighteenth Century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996.

de colegas extranjeros en México patrocinadas por sus universidades, las de doctorandos apoyados por fondos y becas mexicanos y del exterior, asimismo como resultado de la creciente estrechez del mercado laboral para las ciencias sociales y las humanidades en diversas partes del mundo, las estancias posdoctorales en instituciones del país de jóvenes doctores recién graduados del extranjero. La movilidad cada vez mayor de los académicos no sólo ha hecho obligado el diálogo entre historiografías nacionales, sino que ha favorecido la creación de redes transnacionales de trabajo para el desarrollo de proyectos que, entre todos los rasgos de la modernidad, hacen un creciente énfasis en el proceso de integración global iniciado en el siglo XVI, al que se interroga desde la globalización actual. Añádase a ello la disponibilidad casi instantánea de la producción historiográfica más reciente de otras partes del mundo gracias a internet y, podrá entenderse que, para bien y para mal, las condiciones en que actualmente se hace historia no se comparan con las que existían apenas hace un cuarto de siglo.

Ahora bien, no pueden dejar de sumarse a lo anterior rasgos particulares en la evolución y expansión reciente de los estudios de historia cultural en México, advertidos ya en las preguntas planteadas por las monografías académicas más influyentes publicadas en los años finales de la década de 1990 y el comienzo del nuevo siglo, mencionadas en el apartado anterior. La forma de responderlas condujo a la confluencia “virtuosa” entre la vigorosa corriente mexicana de historia social del mundo colonial y los métodos de la historia cultural, acontecida en los últimos años.⁴² Aunque como se ha dicho, la Nueva Historia se planteó desde un inicio el estudio de las colectividades humanas a partir de conceptualizaciones y formas de trabajo desarrolladas por las disciplinas sociales. El crecimiento de la historia cultural durante las últimas décadas ha propiciado nuevos desarrollos, en este sentido, como el auge de los estudios sobre la conformación y el funcionamiento histórico de las redes

⁴² Véase al respecto Felipe Castro Gutiérrez, “La historia social en *Estudios de Historia Novohispana*”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 55, julio-diciembre de 2016, p. 8-29.

sociales, cuyo andamiaje teórico ha sustentado a su vez corrientes más recientes como los estudios sobre la primera globalización y sus efectos materiales, culturales y políticos. Entretanto, los entrecruzamientos de la historia cultural y la historia social han tenido un impacto enorme al brindar nueva luz sobre algunas de sus preocupaciones clásicas y al mismo tiempo impulsar un viraje de la historia hacia la diversidad, mediante la atención a grupos ausentes en las narrativas tradicionales y a su capacidad de agencia frente al poder, con resultados que rebasan lo académico e impactan incluso en lo político, a través del cuestionamiento desde el pasado de la subsistencia más que simbólica en el presente de viejas hegemonías y exclusiones. Como ejemplo de lo primero pueden citarse estudios recientes sobre historia del trabajo en la Nueva España, en los que se concede tanta importancia a la historia de las condiciones laborales y de la lucha de los trabajadores en defensa de sus derechos, como a la recuperación de los lenguajes y prácticas que les permitieron conformar comunidades con identidades propias, como los de Isabel Povea sobre los mineros de Guanajuato y Real del Monte, o la brillante monografía de Felipe Castro sobre los trabajadores de la Real Casa de Moneda de México.⁴³

En cuanto al giro hacia la diversidad, lo que podría llamarse la “interseccionalidad” de los estudios sociales contemporáneos se halla en los trabajos sobre grupos marginados por su condición social, pero también biológica. Muestra de ello son los estudios sobre la infancia, no ignorada del todo gracias a la historia de la educación, sin embargo, existen áreas grises en la condición infantil hasta antes de su “invención” oficial a fines del siglo XVIII que recién reciben atención. Es el caso de la explotación utilitaria de infantes huérfanos por la corona como portadores del pus variólico llevado a Hispanoamérica por la Real Expedición de la Vacuna, relatada por Beatriz

⁴³ Isabel M. Povea Moreno, “Coacción y disensión. Protestas frente a los repartimientos mineros en Perú y Nueva España, siglo XVIII”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 53, 2015, p. 1-17; Felipe Castro Gutiérrez, *Historia social de la Real Casa de Moneda de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

Alcubierre; o las peripecias de la doble condición de servidumbre de los niños y esclavos negros y mulatos en la ciudad de México en el siglo XVII, investigada por Cristina Masferrer.⁴⁴ Hablando de la condición de los esclavos africanos y afrodescendientes, tema de larga data en nuestra historiografía pese al silencio oficial sobre la importancia de la llamada “tercera raíz” en el mundo colonial, no pueden dejar de destacarse los estudios que han iluminado, frente a la visión habitual del esclavo inerme frente a las estructuras de dominación, la elaboración de “historias de vida” como las de músicos y cantores negros y mulatos propiedad de las catedrales novohispanas y de su sorprendente capacidad de negociación frente al poder eclesiástico, sobre la base de algo tan aparentemente inmaterial como la voz o la interpretación de un instrumento musical.⁴⁵

Mención aparte requiere la historia de las mujeres, en una época en que la reivindicación por las mujeres de un espacio social propio y de su capacidad para decidir sobre su curso vital y su cuerpo ha pasado de ser un apremio a una urgencia de primer orden. Gracias al empeño de las historias feministas, su historia ha crecido en importancia, a partir de la primera brecha tímidamente abierta por las mentalidades en un relato del pasado de autoría casi exclusivamente masculina.⁴⁶ El concepto de género permitió así abrir nuevas dimensiones de análisis al permitir, a partir de la historización, la crítica de los esencialismos en torno a lo masculino y lo femenino

⁴⁴ Beatriz Alcubierre Moya, *Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbónico*, México, Bonilla Artigas Editores/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2018; Cristina Masferrer León, *Muleke, negritas y mulatillos. Niñez, familia y redes sociales de los esclavos de origen africano en la ciudad de México, siglo XVII*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013.

⁴⁵ Por ejemplo, Alfredo Nava Sánchez, “El cantor mulato Luis Barreto. La vida singular de una voz en la Catedral de México en el amanecer del siglo XVII”, en *2º Coloquio Musicat. Lo sonoro en el ritual catedralicio: Iberoamérica, siglos XVI-XIX*, Patricia Díaz Cayeros (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas/Universidad de Guadalajara, 2007, p. 105-121; Omar Morales Abril, “El esclavo negro Juan de Vera. Cantor, arpista y compositor de la Catedral de Puebla (fl. 1575-1617)”, en *Música y catedral. Nuevos enfoques, viejas temáticas*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2010, p. 43-59.

⁴⁶ Isabel Morant, “Mujeres e historia. La construcción de una historiografía”, en *Mujeres en la Nueva España*, Alberto Baena Zapatero y Estela Roselló Soberón (coords.), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 25-54.

y, sobre todo, la reconstrucción de los espacios e interacciones propias de las mujeres. Las aportaciones culturalistas en México han seguido ese camino. En algunos casos, insistiendo en la capacidad de las mujeres para retar desde los márgenes sociales la normativa sobre el cuerpo y el ideal de conducta femeninos, o para construir una cultura propia a partir del conocimiento de la corporeidad femenina.⁴⁷ En otros para destacar la capacidad de gestión y la iniciativa con que ocuparon lugares regularmente reservados a los hombres, como en el caso de las mujeres que a lo largo de los siglos XVII y XVIII asumieron la dirección de algunos talleres tipográficos novohispanos.⁴⁸ También, para mostrar a las mujeres como actores históricos en movimiento en una época en la que, como lo muestran los estudios actuales sobre la movilidad en la Edad Moderna, los individuos encontraron constantemente motivos para desplazarse a grandes distancias y para con ello dejar atrás las restricciones de creencia, clase y género de sus lugares de origen.⁴⁹

El terreno de las prácticas es sin duda uno de los ámbitos donde la historia cultural ha hecho algunos de sus aportes más fructíferos. En la aplicación cotidiana de la regla, en la ejecución de rituales, usos y costumbres y en las formas de participación en ellos de individuos y colectividades se hallan con frecuencia las claves para comprender la diferencia y peculiaridades del pasado respecto del

⁴⁷ Por ejemplo, Patricia Gallardo Arias, “La transgresión al ideal femenino cristiano y una acusación por brujería en Valle del Maíz”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, n. 44, 2011, p. 77-111; Estela Roselló Soberón, “El saber médico de las curanderas novohispanas: un nicho femenino dentro del pluralismo médico del imperio español”, *Studia Historica. Historia Moderna*, Universidad de Salamanca, Salamanca, v. 40, n. 2, 2018, p. 177-196; *Enfermar y curar. Historias cotidianas de cuerpos e identidades femeninas en la Nueva España*, Valencia, Universitat de València, 2017.

⁴⁸ Por ejemplo, Marina Garone Gravier y Albert Corbeto, “Huellas invisibles sobre el papel: las impresoras antiguas en España y México (siglos XVI al XIX)”, *Locus, revista de història*, Universidade Federal de Juiz de Fora, Juiz de Fora, v. 17, n. 02, 2011, p. 103-123; Luz del Carmen Beltrán Cabrera, “Mujeres impresoras del siglo XVIII novohispano”, *Fuentes humanísticas*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, v. 26, n. 48, 2014, p. 15-28.

⁴⁹ Véase Carmina Pérez Juárez, “Vida de una modista francesa en el mundo hispánico: Luisa de Dufresí, un caso de movilidad en el siglo XVIII”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, n. 57, 2017, p. 61-78.

presente. Para el caso de la Nueva España, los estudios culturalistas sobre la religiosidad a partir de la década de 1990⁵⁰ han tenido esta función, al constatar que el catolicismo, codificación de la norma suprema en una sociedad confesional era sin embargo, una experiencia cultural vivida de formas distintas por los distintos grupos que integraban el universo corporativo colonial, pese a los intentos de Iglesia e Inquisición por encauzar la creencia común por un mismo camino dogmático.⁵¹ El estudio de la religiosidad brinda la oportunidad de entender la diversidad de la sociedad novohispana, a través de los usos y significados de las creencias en los distintos momentos de la vida, para todas las etnias y grupos.

Por lo anterior, no hay prácticamente aspecto de la vida colonial que no pueda mirarse desde esa perspectiva, lo que hace difícil de abarcar la bibliografía de los últimos años.⁵² Las concepciones sobre el individuo y el cuerpo,⁵³ el más allá,⁵⁴ las formas corporativas de organización social,⁵⁵ los arquetipos heroicos formulados a través del culto a santos y venerables,⁵⁶ la enunciación a través

⁵⁰ Un buen panorama de los estudios en curso en ese momento, punto de partida de mucha de la historiografía actual sobre el tema, es *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, 2 v., Manuel Ramos Medina y Clara García Ayuardo (eds.), México, Centro de Estudios de Historia de México Fundación Carlos Slim/Universidad Iberoamericana/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997.

⁵¹ Véase Gabriel Torres Puga, *Historia mínima de la Inquisición*, México, El Colegio de México, 2019.

⁵² Un ensayo bibliográfico reciente y muy útil al respecto es Clara García Ayuardo y Antonio Rubial García, *Iglesia y religión. La Nueva España*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas/Fondo de Cultura Económica, 2018.

⁵³ *Cuerpo y religión en el México barroco*, Antonio Rubial García y Doris Bieñko de Peralta (coords.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2011.

⁵⁴ Gisela von Wobeser, *Cielo, infierno y purgatorio en el virreinato de la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2015.

⁵⁵ David Carbajal López, *Cuerpos profanos o fondos sagrados. La reforma de las cofradías en Nueva España y Sevilla durante el siglo de las Luces*, Lagos de Moreno, Universidad de Guadalajara/Centro Universitario de Los Lagos, 2015.

⁵⁶ Antonio Rubial García, *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1999.

de la retórica sagrada de los principios del orden político,⁵⁷ la negociación del conflicto social a través de la fiesta,⁵⁸ el cristianismo de los indígenas,⁵⁹ la importancia de los santuarios⁶⁰ y la movilidad de los cultos en la conformación de la territorialidad religiosa,⁶¹ entre muchos otros aspectos, han sido tratados de manera extensa y afortunada por muchos autores.

Un último aspecto a comentar en esta revisión, cuyos inicios se remontan a los mismos fundadores de los *Annales*, tiene que ver con la historia del libro y la lectura, así como con la sociología, las prácticas y las representaciones de lo intelectual, terreno en el que a los aportes originales de la historiografía francesa se sumaron de manera decisiva a partir de la década de 1970 los de la historiografía culturalista anglosajona, deudora a su vez de desarrollos teóricos de la antropología como la “descripción densa” propuesta por Clifford Geertz.⁶² La superación de la vieja historia de las ideas vino en este

⁵⁷ Bernarda Urrejola, *El reloj del púlpito. Nueva España en el contexto de la monarquía, según sermones de la época, 1621-1759*, México, El Colegio de México/Universidad de Chile, 2017.

⁵⁸ *Entre la solemnidad y el regocijo. Fiestas, devociones y religiosidad en el mundo hispánico*, Rafael Castañeda García y Rosa Alicia Pérez Luque (coords.), Zamora, El Colegio de Michoacán/Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 2015.

⁵⁹ Gerardo Lara Cisneros, *¿Ignorancia invencible? Superstición e idolatría ante el prosvisorato de indios y chinos del arzobispado de México en el siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2014.

⁶⁰ William B. Taylor, *Theater of a Thousand Wonders. A History of Miraculous Images and Shrines in New Spain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

⁶¹ Raffaele Moro, “Los santuarios novohispanos y las imágenes ‘peregrinas’ entre historia e imaginario”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. 66, n. 4, abril-junio de 2017, p. 1759-1818.

⁶² Véase Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992; *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, Paloma Villegas y Ana García Bergua (trad.), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995; *Historia de la lectura en el mundo occidental*, R. Chartier y Guglielmo Cavallo (dirs.), Madrid, Taurus, 1998. Para la aproximación antropológica a la historia cultural a partir de la influencia de Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Alberto L. Bixio (trad.), Barcelona, Gedisa, 1988; véase Natalie Zemon Davis, *El regreso de Martin Guerre*, Helena Rotés (trad.), Madrid, Akal, 2013; Robert Darnon, “Introducción”, en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, Carlos Valdés (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1987; *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Antonio Saborit, Emma Rivas Mata y Abel Ramos Soriano (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

caso de la mano del abordaje de la del soporte material de los pensamientos, aficiones y creencias de las sociedades de la primera modernidad, que colmaban la producción de las imprentas europeas, entre almanaques, sermones, novelas, devocionarios, relaciones de sucesos maravillosos, libros técnicos, periódicos, folletos políticos, etcétera. La trascendencia de grandes movimientos religiosos, como la Reforma, e intelectuales, como la Ilustración, fue puesta en discusión y revisada a partir de nuevos criterios para el estudio del cambio cultural. Recursos metodológicos como la prosopografía fueron usados al mismo tiempo para abordar el surgimiento de figuras claves para la historia intelectual y literaria posterior, como las del editor y el autor, a partir de las del impresor y el letrado.

Es quizás aquí donde se advierte con mayor claridad la diferencia de enfoques entre la vieja tradición historiográfica mexicana de una historia de la cultura y la historia cultural actual. No quiere decir esto que se haya perdido el interés en el estudio del pensamiento novohispano y sus creadores,⁶³ pero el conocimiento del fenómeno social del letrado y de las formas de producir conocimiento en la época colonial ha tomado sin duda la delantera. Particularmente importante ha sido la difusión en nuestra historiografía de la noción del intelectual no como un mero trasmisor o reproductor de ideas, sino como agente activo en la construcción del andamiaje social del grupo letrado y de sus diversas formas de articulación, desde la tradicional organización corporativa de las órdenes religiosas a las nuevas formas académicas de socialización y transmisión de saberes.⁶⁴

La malla de relaciones que vinculaba entre sí a los hombres de letras ha dejado una huella rastreable en documentación tan diversa

⁶³ Una expresión reciente de este enfoque es Oscar Mazín, “Gente de saber en los virreinos de Hispanoamérica (siglos XVI a XVIII)”, en *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Jorge Myers y Carlos Altamirano (coords.), Madrid, Katz, 2008, p. 53-78.

⁶⁴ Compárense *Relatos fundacionales de la memoria histórica de la Compañía de Jesús en Nueva España*, Dante Alcántara Bojorge (est. y ed. crítica), México. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación/Benemerita Universidad Autónoma de Puebla, 2019; Stuart McManus, “The Art of Being a Colonial *Letrado*: Learned Sociability & Urban Life in Eighteenth-Century Mexico City,” *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 56, 2017, p. 40-64.

como los expedientes de grados o de provisión de cátedras de las instituciones académicas del antiguo régimen, la escasa correspondencia entre hombres de saber que se ha conservado en nuestros archivos y bibliotecas, o la sucesión de dedicatorias, pareceres, sentires y censuras que conforman el aparato paratextual sin el cual no podían ver a la luz los impresos durante el periodo colonial.⁶⁵ La historia de la literatura colonial, por ejemplo, se ha beneficiado de una perspectiva que, sin abandonar el estudio de las individualidades, ha esclarecido aspectos importantes de la producción poética, dramática y de otros géneros a partir del fondo común de prácticas y relaciones de los grupos y comunidades letradas.⁶⁶ Otro giro notable en el abordaje de la historia de las producciones textuales coloniales ha sido su utilización creciente en la investigación de procesos como la formación de la cultura política y de la opinión pública en el mundo colonial. La misma relevancia se atribuye, en este sentido, tanto a contenidos como a formas de la expresión en las investigaciones de Natalia Silva Prada sobre pasquines, folletos y libelos políticos, como en las de Gabriel Torres Puga sobre las reacciones de opinión al momento más violento del reformismo borbónico en Nueva España.⁶⁷

Los trabajos sobre historia de la Real Universidad de México producidos durante los últimos años son otro ejemplo de los nuevos

⁶⁵ Véanse Perla Chinchilla Pawling, *De la compositio loci a la república de las letras*, México, Universidad Iberoamericana, 2004; Trilce Laske, “Una alternativa al *cursus honorum* clerical: Pedro de Avendaño y la especialización profesional (1695-1705)”, *Siglos Históricos*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México, v. 20, n. 40, 2018, p. 144-177.

⁶⁶ María Dolores Bravo Arriaga, *El discurso de la espiritualidad dirigida. Antonio Núñez de Miranda, confesor de Sor Juana*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001; María Águeda Méndez Herrera, *Secretos del Oficio. Avatares de la Inquisición novohispana*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2001; *Historia de la literatura mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días. Volumen 2. La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII*, Raquel Chang-Rodríguez (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Siglo XXI Editores, 2002.

⁶⁷ Natalia Silva Prada, *La política de una rebelión. Los indígenas frente al tumulto de 1692 en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 2007; “Los reinos de las Indias” y el lenguaje de denuncia política en el mundo atlántico (s. XVI-XVIII), Charleston, CreateSpace, 2014; Gabriel Torres Puga, *Opinión pública y censura en Nueva España. Indicios de un silencio imposible (1767-1794)*, México, El Colegio de México, 2010.

enfoque historiográficos. La institución que reclamaba el ejercicio corporativo de las letras durante la mayor parte del periodo fue reflejo de las jerarquías y asimetrías de la sociedad colonial, así como de las limitaciones de la vida intelectual del virreinato, atrapada entre las escasas oportunidades de ocupación de los hombres de saber y la existencia de una exigua industria tipográfica en su territorio. Trabajos como los de Enrique González y Rodolfo Aguirre buscan explicar con una metodología sociocultural cuáles fueron, en ese contexto, las circunstancias que permitieron la subsistencia, así como la función social de la élite letrada hispanocriolla.⁶⁸

Al mismo tiempo, la lectura de nuevas fuentes ha planteado la necesidad de estudiar las culturas letradas producidas en otros ámbitos diversos al de las élites de teólogos, canonistas y juristas educados en universidades y colegios. Así lo muestran María Luisa Rodríguez-Sala, en varios volúmenes acerca de médicos, cirujanos y otros grupos profesionales coloniales, y los proyectos coordinados por Mariana Masera sobre las producciones literarias y las culturas de la oralidad en ámbitos “marginales”.⁶⁹ No es menos importante la discusión actual acerca de la innegable existencia, dentro y fuera de los ámbitos urbanos, de una élite letrada indígena productora de importantes discursos históricos, conservadora de la memoria oral y escrita de los pueblos, y mediadora/traductora entre éstos y las instituciones imperiales españolas.⁷⁰

⁶⁸ Enrique González González, *El poder de las letras. Por el camino de las letras. Por una historia social de las universidades de la América Hispana durante el período colonial*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Universidad Autónoma Metropolitana/Ediciones Educación y Cultura, 2017; Rodolfo Aguirre Salvador, *El mérito y la estrategia. La carrera de clérigos, juristas y médicos en Nueva España. Siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad/Plaza y Valdés Editores, 2003.

⁶⁹ María Luisa Rodríguez-Sala, *Letrados y técnicos de los siglos XVI y XVII. Escenarios y personajes en la construcción de la actividad científica y técnica novohispana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002; *La otra Nueva España. La palabra marginada de la Colonia*, Mariana Masera y Margit Frenk (coords.), Barcelona, Universidad Nacional Autónoma de México/Azul, 2002.

⁷⁰ *Chimalpáhin y la conquista de México. La crónica de Francisco López de Gómara comentada por el historiador nahua*, Susan Schroeder, David Tavárez y Cristian Roa (ed.), José Rubén Romero Galván (pról.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012; John Frederick Schwaller, “The Brothers

Por último, el camino recorrido por los libros hasta llegar a su destino final, tanto intelectual (los lectores), como físico (las bibliotecas), conocido a través del estudio de la imprenta colonial y del comercio de libros importados del que dependían las élites letradas novohispanas, se ha vuelto ahora un objeto de estudio de tanta relevancia como su mismo contenido para entender las formas de expansión y el alcance de las ideas. Siguiendo esa línea, y sucediendo a estudios pioneros como los de Ignacio Osorio Romero (1941-1991),⁷¹ Cristina Gómez ha trabajado inventarios de bibliotecas y otras fuentes para averiguar la difusión y posible influencia intelectual del libro europeo bajo el llamado régimen de comercio libre durante la última parte del siglo XVIII.⁷² Manuel Suárez Rivera ha investigado por su parte el negocio de imprenta y las estrategias comerciales como editores de la familia Zúñiga y Ontiveros.⁷³ Olivia Moreno Gamboa, además de estudiar el negocio de la librería en la ciudad de México, ha dado un paso más al proponer, a partir de la sistematización de la producción de la imprenta colonial según los repertorios bibliográficos más completos, las circunstancias de

Fernando de Alva Ixtlilxochitl and Bartolomé de Alva: Two 'Native' Intellectuals of Seventeenth Century Mexico”, en *Indigenous Intellectuals. Knowledge, Power and Colonial Culture in Mexico and the Andes* (edición electrónica), Gabriela Ramos y Yanna Yannakakis (eds.), Durham, Duke University Press, 2014; Caroline Cunill, “Justicia e interpretación en sociedades plurilingües: el caso de Yucatán en el siglo XVI”, *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 52, 2015, p. 18-28; María Castañeda de la Paz, *Verdades y mentiras en torno a don Diego de Austria y Moctezuma*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas/Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo/El Colegio Mexiquense, 2017.

⁷¹ Ignacio Osorio Romero, *Historia de las bibliotecas novohispanas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.

⁷² Cristina Gómez Álvarez y Francisco Téllez Guerrero, *Un hombre de estado y sus libros. El obispo Campillo, 1740-1813*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1997; C. Gómez Álvarez, *Navegar con libros: el comercio de libros entre España y Nueva España. Una visión cultural de la Independencia, 1750-1820*, México/Madrid, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Trama Editorial, 2011; *La circulación de las ideas. Bibliotecas particulares en una época revolucionaria. Nueva España, 1750-1819*, Madrid, Trama Editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.

⁷³ Manuel Suárez Rivera, *Dinastía de tinta y papel. Los Zúñiga Ontiveros en la cultura novohispana (1756-1825)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2019.

surgimiento a partir del letrado tradicional de la figura moderna del autor en Nueva España durante el siglo XVIII.⁷⁴ En dicha línea de estudios, el impacto de la corriente anglosajona de historia de la lectura y el libro ha sido constante e ininterrumpida, en la medida que ésta ha continuado produciendo obras relevantes como inspiración temática y metodológica para ensayar sus propuestas en nuestros archivos.⁷⁵

Conclusión. ¿Una nueva tradición?

En 2010, Antonio Rubial publicó *El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de la Nueva España (1521-1804)*.⁷⁶ Su título anuncia con claridad el propósito y método de la que sin duda es una de las visiones generales más ambiciosas sobre la historia novohispana que se hayan escrito en México. En la introducción, el autor explica su interés en estudiar el proceso de creación de una identidad cultural entre los habitantes de Nueva España, propósito que el historiador podía alcanzar sólo a través de una aproximación especial a las fuentes:

Por ello, los testimonios del pasado, imágenes y textos, no pueden ser leídos solo con los elementos explícitos insertos en ellos; su contenido deberá ser interpretado a partir de la intencionalidad que suponemos

⁷⁴ Olivia Moreno Gamboa, *La librería de Luis Mariano Ibarra. Ciudad de México, 1730-1750*, México, Educación y Cultura, 2009; *Las letras y el oficio. Novohispanos en la imprenta. México y Puebla, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2018.

⁷⁵ De nuevo, los trabajos de Robert Darnton, al haberse vuelto objeto de pronta traducción al castellano, continúan brindando la pauta: *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Laura Vidal (trad.), México/Madrid, Turner/Fondo de Cultura Económica, 2003; *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*, Mária Averbach y Kenya Bello (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 2006; *Censores trabajando. De cómo los estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

⁷⁶ Antonio Rubial García, *El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804)*, México, Fondo de Cultura Económica/Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

tuvieron: quién los mandó fabricar y con qué fin; a qué necesidades individuales o colectivas respondían y en cuál espacio eran utilizados. A partir de tales preguntas podremos también tener una idea del influjo social que esas obras tuvieron en sus receptores y los usos que ellos les pudieron dar, pues para que el aparato de representación funcione debe ser comprendido y aceptado por quien lo recibe.⁷⁷

Su interés, añade, es conocer el pasado “práctico”, es decir, la construcción de una tradición identitaria a partir de una memoria fijada en ciertos hechos fundamentales expresados a través de una retórica de las palabras y las imágenes. Como esa construcción discursiva puede atribuirse fundamentalmente a los españoles nacidos en América, el autor opta por llamarle con un término recibido y repetido por una larga tradición historiográfica: criollismo. A lo largo de la obra, Rubial narra en progresión cronológica las diferentes etapas de constitución de esa tradición, o “eras”, a las que asigna nombres tomados de la historia cultural occidental: “medieval-renacentista”, “manierista”, “barroca” e “ilustrada”.

Me he detenido en describir la ruta seguida por Rubial puesto que su trabajo resulta ser una acabada y vigente muestra de los logros y retos de la historia cultural sobre el mundo novohispano, según lo visto en las páginas precedentes de este ensayo. La historia cultural se construye hoy sobre la base de una doble convergencia metodológica: por un lado, la de décadas de investigaciones especializadas que abarcan los terrenos de lo económico, lo social y lo político, integradas en una síntesis a la vez ecléctica y sistemática; por otro lado, la de una diversidad de fuentes mucho mayor que la que generaciones previas de investigadores han tenido a su alcance, valoradas e interrogadas no solo por su contenido puntual, sino en su carácter de fragmentos o indicios de una construcción peculiar de la realidad, de lo que consideraba ordinario o extraordinario, de sus afectos o rechazos, de sus necesidades diarias o de sus anhelos inalcanzables en esta vida o en la otra. Se ha llegado así al punto en que la historia cultural puede proponerse, luego de la dispersión

⁷⁷ *Ibidem*, p. 13-14.

temática que caracterizó la investigación después del auge de la historia de las mentalidades, el retorno a una síntesis construida no a partir de la reducción esquemática, sino de la complejidad diversa de la historia.

La historia cultural actual busca también integrar entre sus herramientas las que otras disciplinas han creado para analizar sus respectivos objetos de estudio. Para el caso del mundo novohispano, sin duda el mejor ejemplo de esta cercanía interdisciplinar es la que la historia cultural tiene con la historia del arte. Desde hace unas décadas, la historia del arte novohispano se desligó de la vieja tradición formalista que fijaba sus afanes en la descripción y clasificación estilística de la producción pictórica, escultórica y arquitectónica, además aceptaba la condición de “marginal” y “derivativa” que ésta parecía tener frente a las “obras maestras” producidas en los epicentros europeos del arte occidental. Hoy, sin embargo, hay un creciente número de especialistas que rechaza la comparación con un corpus y una tradición artísticas que históricamente no podían asimilarse con las de los artífices americanos. Han buscado por lo tanto vincular las formas de producción, enseñanza y circulación de las artes con los sistemas de representación y las estructuras de lo cotidiano surgidos en América, y que son también el interés de los historiadores culturales.⁷⁸ La cada vez más clara similitud de las construcciones retóricas, tanto visuales como textuales, producidas en el contexto novohispano ha hecho que la imagen y sus usos dejen de ser una mera ilustración y se conviertan en un recurso mayor de la historia. Asimismo, la colaboración entre historiadores e historiadores del arte del periodo colonial ha resultado en adiciones imprescindibles a la bibliografía de historia cultural novohispana, como los catálogos de exposición del proyecto museístico sobre

⁷⁸ Véase A. Rubial, “Nueva España: imágenes de una identidad unificada”, en *Especulo mexicano*, Enrique Florescano (coord.), México, Fundación Miguel Alemán/Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, p. 72-115; Luisa Elena Alcalá, “La pintura en los virreinos americanos: planteamientos teóricos y coordenadas históricas”, en *Pintura en Hispanoamérica, 1550-1820*, Jonathan Brown y Luisa Elena Alcalá (coords.), Madrid, Ediciones El Viso/Fomento Cultural Banamex, 2014, p. 15-68. También Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Teófilo de Lozoya (trad.), Barcelona, Crítica, 2001.

pintura de historia *Pinceles de la historia*, presentado a partir de 1999 en el Museo Nacional de Arte.⁷⁹

De esta manera, al filo del primer cuarto del siglo XXI y del ya cercano primer centenario de la fundación de la revista *Annales*, la historia cultural, con la participación destacada de los estudios sobre el mundo novohispano, se ha convertido en una fuerza dominante en la historiografía mexicana. El campo institucional parece reflejar dicha tendencia, cuando se ve a una instancia como el Comité Mexicano de Ciencias Históricas reestructurar sus premios anuales para abandonar los criterios de periodo o cronológicos e incluir entre las categorías temáticas galardonadas, desde hace algunos años, la de la historia cultural.⁸⁰ Lo mismo parece indicar la aparición de líneas particulares de historia cultural en los posgrados de las instituciones nacionales de educación superior, o incluso de posgrados⁸¹ que reflejan otra confluencia virtuosa, la de esa corriente con la poderosa tradición de historia regional mexicana a partir de la resignificación del legado inicial de Luis González y González.⁸² En los orígenes de la veta actual incluso participaron algunos de los impulsores iniciales de la historia de las mentalidades como Sergio Ortega Noriega.⁸³

⁷⁹ *Los pinceles de la historia. El origen del reino de la Nueva España, 1680-1750*, Jaime Cuadriello (coord.), catálogo de exposición, México, Museo Nacional de Arte, 1999; *Los pinceles de la historia. De la patria criolla a la nación mexicana, 1750-1860*, Esther Acevedo, Fausto Ramírez y Jaime Cuadriello (coords.), catálogo de exposición, México, Museo Nacional de Arte, 2000.

⁸⁰ Véase la convocatoria más reciente a los premios en el sitio web del Comité Mexicano de Ciencias Históricas, *Premios de Comité* (sitio web), México, El Colegio de México, 2016, <https://cmch.colmex.mx/premios> (consulta: 18 de mayo de 2021).

⁸¹ Como la Maestría en Historia Cultural en el Centro Universitario de los Lagos, de la Universidad de Guadalajara. Véase su sitio web en <http://www.lagos.udg.mx/maestrias/mhc> (consulta: 18 de mayo de 2021).

⁸² Luis González y González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968.

⁸³ Aunque resulta imposible hacer una enumeración justa de los trabajos culturalistas en el ámbito de la historia regional mexicana, no pueden dejar de mencionarse entre otros autores a Thomas Calvo, *Vencer la derrota. Vivir en la sierra zapoteca de México (1674-1707)*, México, El Colegio de Michoacán/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 2010; Adriana Rocher Salas, *La disputa por las almas: las órdenes religiosas en Campeche, siglo XVIII*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010; Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la inde-*

Pero también, como en otros tiempos, la fuerza de nuevas inquietudes sociales parecen de nuevo alimentar el cambio en las formas de estudiar historia con tanta o mayor fuerza que las exploraciones intelectuales. Las demandas de reconocimiento de identidades históricas alternas a la impuesta por el Estado nacional, la crítica a las hegemonías tradicionales de género, la crisis de las estructuras académicas tradicionales y, últimamente, el resurgimiento de fuerzas seculares que se creían superadas por la globalización, como el nacionalismo, plantean posibilidades de investigación desde la perspectiva culturalista, al mismo tiempo que retan a la validez de las formas actuales de producción y difusión del conocimiento histórico. Al mismo tiempo, en el contexto actual la crisis de los saberes viene aparejada con la de los espacios e instituciones que tradicionalmente dieron acogida al cultivo académico de la disciplina histórica. Es el caso de las universidades, cuestionadas desde el Estado y la sociedad acerca de su pertinencia y utilidad y estrechadas cada vez más por la precariedad laboral impuesta a la población por los modelos imperantes del desarrollo económico. Como nunca, y validando de nuevo las lecciones de la Nueva Historia, el estudio del pasado dependerá de la participación de los historiadores en la construcción del futuro.

pendencia de México, 1810-1821, Rosalba Reyes Vega (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 2006; Víctor Gayol, *Laberintos de justicia. Procuradores y oficiales públicos de la real audiencia de México en la época de las reformas (1750-1812)*, 2 v., Zamora, El Colegio de Michoacán, 2007; *Pintura virreinal en Michoacán*, 2 v., Nelly Sigaut (ed.), Morelia, El Colegio de Michoacán/Gobierno de Michoacán, 2011-2018, por mencionar algunos.